

LOS CROMOSOMAS DE LOS PIRINEOS

Parte II

Raúl Iglesias

LOS CROMOSOMAS DE LOS PIRINEOS



safe creative



1 009227 408827
INFO ABOUT RIGHTS



EDICIONES ZAMBURRIO

© Raúl Iglesias.



Esta prohibida la reproducción total o parcial de este libro, su tratamiento informático, la transmisión de cualquier forma o de cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, copias, registros u otros medios, sin el permiso previo escrito del titular del Copyright.

Este es un ejemplar que el autor obsequia de forma altruista y gratuita: **está terminantemente prohibido comerciar con él.**

Puedes dejar tu opinión comentario o sugerencia
en: estircolyrosas@hotmail.com

ROMANCES

RESURRECCIÓN

(Parte II)

AFLORAR

Venceremos sin las armas,
palos ni piedras siquiera.
No nos importan los tanques,
granadas ni metralletas,
porque tenemos razón
y no hay cosa que es más cierta,
que las luchas no se ganan
durante el fragor de guerras.
Dicen que nunca esta errante
quien se aferra a una estrella:
que no viaja deambulando
en busca de alguna seña,
que tal vez no llegue nunca
¿y para que tanta espera?
En los bosques desprovistos
a hachazos de toda leña,
intentando hacer un círculo
juntaremos unas piedras,
para invocar en su corro
la más pura y limpia fuerza,
que se bata con su tumbo
contra la sutil pereza,
que embriagaba poco a poco,
convirtiéndose en tormenta.
Sobre la balda más alta,
-para acrecentar la faena-
nos colocaron el grial
de un barro que nunca seca.
Goteaba por las frentes
que no buscan vida eterna,
sólo aprovechar alguna;
tan sólo aprovechar esta.

Dando la espalda a la tapia
es como se tapan grietas:
cuando el problema no ves,
es como si no hay problema.
Atormentado cimiento,
paciencia y nunca te muevas,
porque si tú no sostienes
no habrá nadie que sostenga.

AIRE

En los rincones estrechos
donde la escoba no llega,
esperaré refugiado
a que pase la tormenta,
interrumpiendo mi tiempo;
mi largo tiempo de espera,
con un pensamiento breve
que tarda pero que llega.
No me alojen en su corte
si conviven con reyerta,
yo prefiero estar tranquilo:
me retiro a las afueras.
Para las estrellas ver,
me dormiré entre la hierba,
hasta que el sol se encabrite
y alguna mañana encienda.
Ya no supe ser el cebo
de madrugadas hambrientas;
no sé si fue por la edad
o por escoger la senda,
que se bifurca en caminos
infinitos que se enseñan,
con el esplendor del ser;
el florecer sin pereza,
mientras que los callejones
se sumen en sus tinieblas.
Nunca me cuesta esperar,
porque todo siempre llega:
marchó ella y viniste tú;
marcharás tú y volverá ella.
Mientras, mis suelas de tinta
destiñen por esta esfera,

algún párrafo pirado
que los cuerdos no interpretan,
por que mi crecer es vuelo;
el suyo sólo madeja.

Me escaparé como el gato
si no cerráis bien la puerta,
a roncar por los tejados
despacio y con buena letra,
recitando algún maullido,
para que la luna atienda,
y hasta algún reflejo baje
para poder verla cerca
y, lamer su tez forjada
bajo el lecho de pavesas.

Ya lo siento, oro traidor,
porque tu ser me da pena;
porque mutas en el odio
que desprenden las monedas,
por su tallado de reyes,
por su escudo de vergüenza:
pero te sigue negando
mi pescuezo sin tu cuerda.

El día que se perdonen
y se junten cielo y tierra,
lloraré - mientras dibujo-
las lágrimas traicioneras,
que tanto tiempo guardé
en mi gélida probeta,
esperando algún momento
que realmente lo valiera.

Que se lleve el viento mi alma;
el cuerpo para la tierra,
para que sirva de abono
que de a luz las flores bellas,
que jamás se cortarán,
que no serán prisioneras:
morirán como nacieron;

amarradas a mis letras.
Yo viviré como quiero,
tu vivirás como quieras.
Yo, como dijo Sinatra:
yo viviré a mi manera.

AL AIRE

Escribí una frase al aire,
que la lleve a donde valla,
para que la escuches, cielo,
cuando te de a ti de cara.
Dice que te amaré siempre;
que nunca me echés en falta,
porque al final siempre el mar
regresa a lamer la playa.
Que aunque no fui caballero,
siempre serás tú mi dama.
Que peinaste mi regazo
con las púas de tus pestañas.
Te dirá, que aunque en confines,
mi memoria no me falla;
que aunque del agua tan lejos,
no secaron mis escamas:
aguantaré, seré fuerte,
con mis ganas siempre intactas,
para cuando inicie el viaje
que lleva de vuelta a casa.
Te dirá mi amigo el aire
sin renunciar a su calma,
que mis labios son tus labios
que me los lleve en mi cara.
Que volveremos a vernos
y soltaremos el ancla,
para amarrar los dos juntos
sobre las mismas pisadas.
Cada uno en polo distinto
y puedo sentir tu estampa:
eso tiene que ser algo;
eso algo significaba;
que aunque no fui caballero,
siempre serás tú mi dama.

AMIGO DORIAN

Dorian Grai vive de espaldas
a su maltrecho retrato,
sin poder mirar de frente
el transcurrir de los años,
ajusticiados aparte
por el peso de pecados,
que convierten en montañas
a los terrenos más llanos.
Dime hombre de rostro joven
¿por que sin cabellos blancos
y con ágiles andares
te muestras como un anciano?
Porque sabes que eres tú
el que habita en el retablo,
soportando basta edad;
que sólo es la muerte a trazos.
Creíste ser libre y eras
el prisionero de un marco,
sin el poder respirar
para no hinchar tu regazo.
Los pisotones prefieren
rosas con alma de cardo:
ellas con afán lo intentan,
sin el lograr engañarnos,
porque su fragancia rasga
como la lanza y los clavos,
que ajusticiaron a un Dios
por el querer ser humano.
Reloj, maldito instrumento:
señor que vive matando,
acorralando a su presa
sin nunca darle el bocado;

de eso se encarga la dama;
la que viste el negro paño,
con la guadaña afilada,
para segar bien los tallos
a los que llegue la hora;
la de abandonar el prado.
Inténtalo amigo Dorian;
no tan sólo de soslayo:
obsérvate cara a cara,
observa el óleo agrietado,
que asemejaba la noche
mientras tú eras lo temprano.
Tan sólo eres un reflejo
en un espejo asomado.
Nunca digas que no al tiempo;
no tiene nada de malo:
si despreciaste los surcos,
cargarás con el arado.

BARROTES

En la prisión brotó el caos,
cuando todos los barrotos,
en común se amotinaron
y se fueron al galope,
donde no tengan que ser
la barrera que se pone,
forzando a la libertad
a aplaudir mientras la rompen.
Que no saben na' de jaulas
los pizpiretos gorriones,
que entre mueca y mueca roban
tú despiste y se lo comen:
que no envidian nunca a nadie,
ni siquiera a los aviones;
"que pena debe ser grande"
se dicen mientras se esconden.
En los circos coloridos,
rugen tigres y leones,
hartos de penetrar aros
por un puñado de cobre.
Yo te aviso domador:
en las próximas funciones,
no metería la testa
en tales fauces enormes,
por que parecen tan hartos,
tan hartos que incluso comen.
Como quisiera ser perro
con un collar con mi nombre,
aguantándome el orín
y las heces a montones,
hasta que quiera mi dueño;
le de por salir al pobre,

yo sigo aquí reventando:
él, como un barón o un conde.
"Como me gusta ser can
a merced de pisotones,
postrado de una correa
que raciona mis labores
y, si tenaz me sublevo,
lo arreglan con un azote:
no cambiaría el ser perro
por el ser un vulgar hombre".
En las peceras y acuarios,
sardinas y tiburones,
se comparten el terreno
para que nada les sobre.
"Mirad - gritaban los niños-
las ballenas nos responden".
No responden las ballenas:
se lamentan entre voces.
No volváis aquí jamás;
escapad lejos barrotes;
más allá de los "allases"
donde acaba el horizonte,
donde con todo su fuego
el sol se guarda y se esconde
y os podréis fundir alegres;
valientes emprendedores.

BELLOTAS Y PIENSO

Siento como un calamar:
me fluye tinta por dentro,
y aunque nunca he sido poeta
suelo frecuentar el verso,
para desgastar mis dientes
y que no se hagan inmensos,
en estas tardes marcadas,
en estos días inciertos.
Cuando el hambre me apretó,
me convidaron los cerdos
a comer de sus bellotas
y del manjar de su pienso.
Cosa que jamás olvido,
cosa que les agradezco,
porque otros también miraron
y de comer no me dieron.
Quizás os parezca raro,
pero no exijo respeto;
a esas cosas que os importan
no las tengo tanto apego.
Como el lujo y el poder
que os proporciona el dinero,
porque yo nunca me olvido
del lugar del que provengo:
de las pajas de un establo,
de un establo de algún pueblo,
de un pueblo de una provincia;
de algún país , algún reino
digno de algún continente.
Mi patria es el mundo entero.
Nunca entendí de banderas:
yo nací en el universo.

Cubrí con un recio almete
la vergüenza que detesto:
ese lastre tan pesado
que todos llevamos dentro,
como tantas otras cosas
que nos van dejando yermos,
porque somos las cabezas
que formaban los desiertos,
enterrando bajo tierra
nuestro cuerpo antes de tiempo.
Da igual que canten victoria,
porque nos exhumaremos.
No dejéis nunca jamás
de expulsar el propio aliento:
que cuando venga la muerte
no nos encuentre ya muertos.

COLORES

Gustando el mejor manjar,
comiendo del mismo suelo
que pisaban las pezuñas
que sostienen a los ciervos,
que corren entre las matas
con asombroso talento;
innato como el abismo
que corona el universo,
con sus planetas, sus astros,
- allá arriba todo es cielo-
con sus brillantes estrellas,
enormes como los fueros
que se tragaban el todo,
mientras todo va naciendo.
Brotaban los manantiales
tras los agujeros negros;
detrás de la oscuridad
sacaban pecho luceros,
agasajando con luz
un pedacito de sueño,
en donde brotaban hojas
en ramas de troncos secos.
Donde duermen a su sombra
el par de caballos negros,
que llevarán en carreta
el ataúd, donde el invierno,
arañaba la madera
mientras se iba consumiendo,
para extinguirse por siempre
bufando un gélido duelo.
Para entrar al paraíso
jamás habrá cancerberos:

la entrada siempre fue libre
en los lugares sin dueño,
donde se siente la flora
como otra parte del cuerpo;
donde arrancar una flor
es como arrancarse un miembro.
siguiendo el discreto curso
que hace en silencio el reguero,
se divisan las orillas
donde moría el veneno,
envuelto por el plumaje
alegre de los jilgueros,
transformándose en el aire
que se respira sin miedo,
para seguir el camino
que iba mojando el reguero,
hasta que muere en un mar,
dulce como el condimento
que alberga la remolacha
en la leche de sus senos,
donde navegar a bordo
de pétalos recubiertos
de los colores alegres;
los que nunca anochecieron.

CORAZÓN DE GOMINOLA (26110)

Sólo fue un pequeño cuerpo:
cuatro patas y un hocico,
pero supo darlo todo;
más de lo que necesito.
Es lo que tiene ser noble,
lo que algunos aprendimos;
que cuándo al fin se nos van
nos atraviesan dos tiros:
el uno fue la nostalgia,
que en los ojos lo sufrimos;
el otro en el corazón
nos acertó e hizo añicos.
Las estrellas son pequeñas
si en la distancia las vimos,
pero teniendo una cerca,
es inabarcable el brillo
que desprende su presencia
proveyéndonos del mismo:
es el único dolor
que fue mejor el sufrirlo.
Ni las jaulas más estrechas
condenaron a los picos,
a las leyes del silencio
que promulgan los ariscos,
porque entre toda rendija
sabían reptar los trinos,
para aún sonar más alto,
en el trono del oído,
que sabe del amargor;
del saberse tan esquivo
a escuchar las partituras
de los cantes más bonitos.

Con el tacto del peluche
desmembraba a los esbirros,
que visten la piel del sapo
bajo púas del erizo.
Que intentaban alcanzar
el tacto de su enemigo,
para devastar su piel
suave como la de un niño.
Pero no lo consiguieron,
cayendo en su desatino:
es más fuerte la caricia
que el golpe con los nudillos.

DE ARRIBA ABAJO

Yo me quedo con sus ojos
de entre todos los planetas,
por que son los más bonitos
y los que más vida albergan.
Porque son dos grandes soles,
porque son dos lunas llenas,
por que son el corazón
que late de las estrellas.
De entre todos los cabellos,
sus cabellos son mi lema;
el negro camino por
donde caminan mis piernas.
La humilde cascada que
yo tomé como mi emblema:
la fuerza del despejado;
el ímpetu de tormenta.
Ya no me ofrezcáis más labios,
que sólo quiero los de ella:
esos dos carnosos gajos
separados de la fresa,
en donde mueren los mares;
donde lo salado seca,
por que sólo admite el dulce
esa boca cuando besa.
Pechos, pues hay muchos pechos:
como manzanas y peras,
como melones, naranjas,
mandarinas y cerezas.
Nombres tienen muchos nombres:
los llaman lolas y tetas,
los llamaban busto y senos,
los llamaban también brevas.

Pero daba igual el nombre
o la fama que tuvieran:
los suyos eran perfectos;
cada palo con su vela.
Su cintura es la hecatombe;
el revolcón hecho vuelta,
el mejor tejer de carne
que nunca logró la rueca.
Es el cuadro del ombligo
que alimentó y alimenta:
antes fue con la comida;
hoy con llamas de hoguera.
Los arrecifes malditos
alaban a tus caderas:
sí, por que ellos despeñaron;
sí, pero ellas más despeñan,
con su danza tan callada,
con su fragancia discreta,
que alberga dentro del tarro
el sexo que fue la trena,
para todo condenado
amante de toda reja;
a veces la libertad
es peor que la condena.
A ella le gusta encerrar
y yo adoro cuando encierra:
no tiene más discursión;
yo soy reo y ella es celda.
Por gustarme hasta me gustan
su pies; los que dejan huella;
por que sobre ellos sostiene
aquella carne tan prieta,
por la que todos suspiran
y de eso me doy yo cuenta,
por eso yo doy las gracias
de pisar su misma tierra;
además, tengo la suerte;
la suerte de que me quiera.

DIADEMAS Y SOMBREROS

Regaditos de saliva,
brotaban miles de besos,
por esos tan bastos campos
que se extienden por los cuerpos,
conmemorados por troncos
que se parecen a dedos;
porque no echaban raíces
y se mostraban viajeros,
de génesis a confines;
desde sota a barlovento.

Hace tiempo que a su cama
no se acercaba el invierno;
por la cuenta que lo trae,
si quiere seguir teniendo
su estatus de buen cabrón;
su reputación de hielo.

Y tirados por el carro
que no gusta de cabestros,
acomodados al yugo,
tiran valientes luceros,
que subirán a su paso
a un sitio cerca del cielo,
donde el dolor nunca duele
porque no es dolor sincero;
donde el placer se apodera,
de todo, haciéndose el dueño.

No se asustan las caricias
ante tan dulce revuelo;
no se espantan los ratones
de la trampa de los quesos,
que saciaban apetitos
que nunca sacian los celos,

porque no comen por fuera;
tan sólo comen por dentro.
Pero este nunca fue el caso
de los alegres jilgueros,
que se aman en algún sitio
entre la colcha y el suelo,
mientras se van racionando,
mientras se van compartiendo,
entre lumbre que respeta
y no consume en su fuego.
Tranquilas almas golosas,
no dejéis nada pa' luego,
porque el ahora es presente
pero el mañana es incierto.
Pero que os voy a decir,
todos sabemos de eso;
quien no haya perdido nada
es que siempre ha estado muerto.
Las camisas y las blusas
ya hace que no cubren pechos:
andan por ahí tiradas
como los harapos viejos,
mientras que la desnudez
condenaba con esmero
a forjarse en el sudor
que une en uno los pellejos,
de faldas y pantalones;
de diademas y sombreros.

DONDE NO LLEGA EL CAÑÓN

Tiraré piedras al sol,
para romperlo y que apague
su luz: que llegue la noche
y a oscuras poder amarte,
en un lecho entre los mimbres,
mientras sangraban sus trajes;
mientras se apagaba el frío
que transparenta su sangre.
Aunque ya no era temprano,
aún no se ha hecho tarde
para decir que no al trago
de lejía y de vinagre.
Nos volvimos a acostar
sobre los catres de hojaldre,
en donde estar pegajoso
no era molesto, era amable;
donde olvidar en un cuerpo
que sólo somos mortales.
En los taciturnos brotes,
las estrellas se relamen,
mientras desperdigan babas
en caras del trio de ases,
que encargaron su camisa
al más erudito sastre:
el que zurce los valores
esperando a que idolatren
su aguja, su hilo y dedal
que lujuriosos se esparcen.
Rebanaré tú tejado,
para que observes el arte
que se esparce por el cielo
con silencioso desmadre.

No te preocupes de nada,
por que podrás resguardarte
bajo mi obediente cuerpo
que sobre el tuyo se rehace;
por que descompuesto estuvo;
quizás también al alcance
de los picos de los buitres
que nunca quedan con hambre.
Pero resurgió de nuevo
como resurgen las frases,
abarcando de la biblia
alguno de sus pasajes:
como el que hablaba que dos,
serán una sola carne.
Y dos éramos tú y yo,
pero con cierto desgaste,
por transcurrir separados
por el resplandor del jaspero,
hasta que nos encontramos
paseando por el paisaje
que pintase el gran artista
encima del negro cráter.
Escribiré algunos versos,
con la pluma que robaste
de la cabeza del jefe,
con su tocado comanche:
hablaré del corazón;
el que sufrió el sabotaje
y fue pasado a cuchillo
mientras derramaba esmalte,
que se asemejaba al tinte
cochambroso del almagre.
Hablaré que llegó aquella
guerrera para salvarle
y que él se amarró a sus pechos
como un adulto lactante.

Y que los dos se marcharon
sin las vainas; sin los sables;
donde no llega el cañón:
a más tranquilos parajes.

DOS PALOS

Se hospedaban los colores
al borde de la colina,
en donde cruzar dos palos
bastaba para hacer misa.
En donde nunca hay culpables,
en donde todos opinan,
en donde valen lo mismo
elefante o mariquita.
Porque de eso se trataba;
de repartirnos la ruina;
o la riqueza, depende
de los ojos que la miran.
Vaciando el mar a puñados,
a ayudar nadie se arrima,
pero los buenos responden
con una dulce sonrisa,
mostrando los dientes blancos
que no mastican la riña.
Escribiendo algún catón
para las lenguas más vivas,
se iban plantando traviesas
a lo largo de la vía,
para que crecieran trenes
sin llegada; con salida,
sobre los dulces sabores
que cautivaron papilas,
cubiertas por las palabras;
regadas por la saliva,
que no juzga ni censura,
sólo vive hasta que extinga.
Y cuando llega la noche,
un sol en cada bombilla
hace que nunca se calme

el brillo de las pupilas,
que las páginas devoran
de palabras que no humillan,
porque aunque no se rimasen
son valientes y se arriman,
juntándose unas con otras
sin llegar a la estampida.
Concebidas en la mente,
bautizadas por la tinta,
creciendo en los corazones,
pasando hojas, abatidas.
En el último escalón
la escalera no termina:
no te no puedo explicar;
es como la propia vida.

EL AMABLE TIRÓN

El acariciar del aire,
el jolgorio de los críos,
la luz que envuelve pupilas,
la alopecia del espino,
la derrota fue vencida;
Peter Pan que no ha crecido.
El dormitar de raíces,
sin ojos el basilisco,
todas las puertas abiertas,
tú te acercas; yo me arrimo.
El fundir de los cañones,
la sinfónica del trino,
el pisotón extraviado,
la luna comparte brillo,
verdades para Pinocho,
el tercer día de Cristo.
El barro de golondrinas,
el afluyente de los bizcos,
la mano que sabe dar,
el agujero y el brinco,
la barba mal arreglada,
el corazón consentido.
El algodón en rebaño,
el protestar del sumiso,
la risa de las campanas,
un ángel haciendo nido,
las enarboladas perlas,
el recostarse del grito.
El rompecabezas simple,
la envidia al caño del grifo,
maniquí de carne y hueso,
el fin que nunca se ha escrito.

Los lienzos que pinta Aurora
con el sol recién salido,
manuscritos a la moda,
el arrebató del guiño,
la vergüenza de la mora,
no preguntes; yo no he sido.
Los harapos de los reyes,
los dos tenores y el grillo,
el perfume de las rosas;
al fin se decidió el limbo.
El oxígeno que brota,
pecados de monaguillo,
el verduoso que es expande,
la vuelta y vuelta del guincho,
el beso de la almohada,
el día que nos conocimos.
El agua tan fresca y dulce,
el terciopelo en erizos,
la pluma que no se agota,
pincel de pelo de niño.
El cardado de medusa,
el suicidio de asesinos,
la charca que no se acaba,
las hordas de seres vivos,
la conciencia de la roca,
la humildad de lo divino.

EL BURRO Y EL AMO

Con las crines de un fiel asno
-tan cortas y vehementes-
se hizo una robusta sogá
de la que a pulso se prenden,
dos manos que echan de menos
el resurgir de la suerte.

Sucedió esa misma tarde:
venían de ir a por leche,
de la lejána comarca
donde se zurra y no duele.
Pararon junto al barranco;
justo al borde del saliente,
para dispensar paliza,
a cascos, que aunque obedecen,
no cumplen el cometido
del amo y su turbia fiebre.
Se resbalaron sus botas
- en un envite indecente-
y se cayó a los abismos
de los costales imberbes;
sin haber donde agarrarse,
pensando ya en pronta muerte.
Él, quedando malherido
-y con cabeza que entiende-
se dio cuenta que su burro
no regresó a su pesebre:
con el filo de las rocas
rasgó sus crines alegres;
las colocó con el morro
y las trenzó con los dientes.
Lo demás lo conocemos:
la fidelidad que hierve;
el amo quebró su vara;
el burro abreva en la fuente.

EL DESHOLLINADOR

Mira el deshollinador,
tan sucio pero contento,
porque sólo tiene hollín
esparcido por su cuerpo:
su corazón está limpio,
como la hoja del cuaderno
que aún no se había escrito
por que nunca tuvo dueño.
Y piensa cuando se lava
para quitarse el pigmento:
"La agua cuando reposa es
el más fiel de los espejos.
O mirarse reflejado
en los ojos del ajeno;
que cuando los ojos aman
no ven ningún rostro feo".
Después llega el afeitado:
jabón, navaja , ¿agua hirviendo?
Quitándose al animal
que comienza con el pelo.
Ya desde chaval fue siempre
el gurú de los serenos;
no de los que rondan noches;
de los que ganaban cielos,
con su calmoso surgir
entre vapores de incienso,
caminando despacito,
desestimando los vuelcos.
Recuerda que oyó leer
aquel libro de pequeño
y siempre se imaginaba
como el burrito Platero:

"si vuelan las mariposas
no se está del todo muerto".
Si tubo que dar la curva,
no respetaba el segmento;
por que no se haya el atajo
sobre el camino más recto,
que suele ser por su forma
el que tiene más adeptos:
pero estaba el apropiado
justito en el lado opuesto.
Sí, quizás no era muy listo;
quizás era analfabeto,
pero con su corazón
pudo abocar al deshielo,
a todas las almas frías
que a rastras se zambulleron;
no lograban remontar
por que las controla el peso;
el peso del hielo frío
que arrastraba a un fondo incierto.
Sí, que quizás las arañas
tejen telarañas dentro
de aquel bolsillo de trapo
al que llaman monedero;
pero eso ni le importaba,
por que él está satisfecho:
quizás no tuviese barco,
pero tiene mucho puerto.
Nunca se acabó de fiar
del todo del zapatero:
siempre pensó que tiene un
trato a medias con el suelo;
que se ganan los jornales
los dos sin ningún esfuerzo:
uno se obceca en romper;
el otro en dejarlo nuevo.
Mira el deshollinador

tan lleno de gris y negro,
que parece que en sus ropas
se ha hundido otro petrolero.
Y sin embargo en su tez
ni rastro del sufrimiento,
por que el sufrir se consigue
tan solamente sufriendo.

EL EX-PRÍNCIPE

Jamás me veréis llegar
sobre el caballo más blanco,
ni con lujosos ropajes
de un principesco pasado.
¿Llegaré? No, llegaremos;
llegaremos yo y mi onagro:
él me llevará en su lomo
y yo a él cuando esté cansado,
sin miedo a romper las ropas,
por que ya eran sólo harapos.
Llegaré donde estéis todos,
pero pasaré de largo:
hubo quién no comprendió
por que abandoné el rebaño,
de las ovejas más pulcras
y me pasé al otro lado.
Quizá no hubiese razón,
por que nunca fui esclavo,
pero hasta del mejor vino
puede atragantarse el trago.
Me dará sombra el castillo
mientras siga caminando:
será lo mejor que tuvo;
el erguirse el que más alto.
Pero por mucho que intente
no podrá seguir mis pasos:
que con raíces de piedra
no se llega a ningún lado.
Mi linaje fue de reyes:
ancestros y antepasados.
Yo intenté ser sólo humilde
y ese fue mi mayor rango.

Y los cetros y coronas,
y los tronos y soldados,
pesaban tanto a mi carne
que me fui despellejando.
Quizá no fuese animal,
pero así ellos me trataron
cuando al fin me renegué
enseñado por los años.
Y como animal me fui
mostrando mi instinto bajo;
orinando en los rincones,
defecando en cada lado,
como hacen los animales
a los que me compararon.
Desheredado partí
hacia reinos más cercanos,
dejando atrás las carrozas
rodeadas de cien extraños.
Dando candela al farol
que alumbrará el carromato,
donde las armas no caben:
sólo albergará cacharros,
que aunque para nada sirvan;
tampoco para matarnos.

ELLA Y EL UNIVERSO

Se guarece un universo,
detrás de aquellas caderas
que iluminaban luceros;
en las que giran planetas.
A la semana, siete días
bajan a pacer estrellas,
de la luminosa piel
que nos pierde, que nos ciega,
a los hombres asustados
de estar tan cerca de ella.
Se calentaban las manos
junto al calor de su hoguera,
los ángeles despistados
que aún vagan por la tierra,
con la ausencia de su sexo;
pero aún con las braguetas,
que aunque ya no guardan nada,
pues parece que recuerdan
exuberantes mujeres
que rezumaban belleza,
desde el cabellos más alto
hasta la más baja suela,
que sostiene con desmadre,
el par de increíbles piernas
que envidiaban las columnas:
las más talladas de Atenas.
Cuentan que nació prendida
del tallo de una azucena
y que nunca la llevaron
en sus patas las abejas:
posee ella más dulzor
que el jugo de la colmena

y su color es tan vivo,
que no son dignas paletas
de encerrarla junto al cuadro
en sus barrotes de tela.
Cada entierro de algún beso
se asemejaba a una fiesta,
porque sus besos fenecen
haciendo a las lunas ,llenas,
mientras aullaban los lobos
dejando escapar sus presas.
Sólo te piden muchacha
un vistazo, alguna mueca;
tú risa que es un momento
y se transforma en eterna.
Tu trote sereno y claro
que de retinas se aleja,
a donde las tapias caigan,
todas ante la dehesa,
donde la hierba sonroja;
donde se ablandan las piedras.
Donde espera un universo
que empequeñece sin ella,
pero que nunca la pierde,
porque persigue su estela
de un confín a otro confín;
desde el hielo a las pavesas;
pudiéndolo despistar,
pero sin nunca perderla.

EL LOCO

Ni un real en la talega;
en las suelas sangre y polvo;
las vestimentas ajadas,
la tez con la roña en colmo.
Unos le dicen perdido;
otros le llaman despojo;
es por eso que decide
andar el sendero él solo,
con vehemencia de hormiga,
con el no parar del potro,
la fidelidad del perro;
de la tortuga, el reposo,
para pensar con detalle
que quizá si que esté loco.
Él nunca vió a un loco triste;
sólo a cuerdos mentirosos,
que locos dijeron ser
cuando hacen daño a los otros.
La locura no es matar:
matar es cabal del todo.
La locura es bendecir
con los labios el calostro,
desabrochar las camisas,
anidar sobre los moños,
ver cosas que no se ven
cuando sólo usas los ojos;
es sonreír en el entierro
del hombre más poderoso.
Es surcar todos los mares
sobre el cascarón de un coco.
Es plantar cara al ciclón,

es recomponer las fotos;
es al cuadro que ya tiene,
darle el color que yo escojo.
En el sombrero; cabeza.
El los bolsillos los rotos.
En el hatillo ni tela,
en las palmas el añoro
de fundirse en otra mano;
de fundirse como el plomo:
aunque más bien la amistad
hay que compararla al oro.
No te preocupes anciano:
"muchacho de cuerpo corvo"
como gusta que te llamen
los paladares absortos,
en gustar todo el sabor
proclamando en alboroto,
que da igual malo que bueno;
el caso es probar de todo.
Las puertas son sólo puertas;
el otoño sólo otoño
y, cuando las puertas caen
es cuando entraran tus logros:
tú humildad resplandeciente,
tú miel a prueba de osos,
tú saliva cristalina;
la inmensidad de tu aforo.
Tú palabra es alimento,
tú cama es la de los corzos;
en tú mirada hay un ángel,
en tú pecho late agosto.

EL OSCURO TROVADOR

El grillo se enamoró
y canta todas las noches
a la puerta de su grilla
la mejor de sus canciones,
de estribillo machacón
pero sentimiento noble.
La grilla en sus aposentos,
feliz, ya tampoco esconde
debajo de su carcasa
negra, una gran luz a voces.
La decía su mamá:
-¿que te pasa que no comes?
Las madres lo saben todo;
saben lo del mal de amores.
El oscuro trovador
se hace cama entre los brotes,
dando las últimas notas
haber si su amada le oye:
el recita sus "cri – cri";
ella escuchaba ilusiones.

EL VERDUGO

Con la boca descarnada
de tanto decir te quiero:
así viviré mis días;
así acabarán mis sueños,
que empezaron una tarde
de algún caluroso invierno,
en el que en vez de nevar
caía del cielo fuego.
Eso fue lo que sentí;
mis ojos se detuvieron,
sin aguantar a la luz
que irradiaba aquel lucero:
era como al sol mirar
con los ojos bien abiertos,
a los que guiñar te obliga
por que no aguantan su tiento.
Corazón de colibrí
me llamaban mis adentros;
más por la velocidad
que por que fuese pequeño,
por que cuando yo la vi
me retumbó todo el pecho,
como lleno de tambores
con los sus tamborileros.
Se acercó y me dijo, "hola".
Yo como un niño pequeño,
al que se le olvidó hablar
tartamudeé sincero.
- "¿Sabes que yo te conozco.
-dijo con rostro risueño-
Sí, fue en alguna otra vida:
yo era el verdugo y tu el reo".

-Pues sí - dije- ahora caigo-;
claro que nos conocemos:
por ti perdí la cabeza
y hoy la he perdido de nuevo.

Desde entonces de la mano
caminamos cerca o lejos;
por que no importa el lugar
si juntos lo recorreremos.

A veces recuerdo extraño
aquella tarde de enero;
aquel encuentro casual
que unificó nuestro cuerpo.

No contaré mis creencias;
no contaré en lo que creo,
pero el destino es capricho
y se encaprichaba en vernos
juntos; juntitos y unidos
como la cierva y el ciervo;
como la rana y el "rano",
como la piedra y el "piedro".

Ya llevamos muchos años,
tantos que ya ni me acuerdo;
y no es que lo haya olvidado,
es que la cuenta no llevo,
por que lo malo no importa
y lo bueno no lo cuento.

Con los pies en carne viva
de andar descalzo el sendero;
así me iré de su vera;
con el dolor que no siento,
por que el dolor se pasaba
como se pasaba el tiempo,
mientras el amor perdura
por que no es perecedero,
cuando es limpio y de verdad;
cuando es un amor del bueno.

Abrazar a mi chiquilla

fue abrazar un universo
y saben los que lo estudian
que nada hay más grande que eso.
Por eso la quiero tanto,
por eso tanto la quiero,
al verdugo que mató
pero dió la vida luego.

FRAGANCIA

Persiguiendo el haz de luz
fui a dar con tu sonrisa,
que calma como la calma,
que endulza como la endrina.
Estando cerca de ti
la felicidad se arrima:
es curioso, siempre lejos
la tuve, pero sumisa
se convierte entre tus brazos
que abrazan toda la orilla;
todo el mar y el universo
que cobija desde arriba.
Ya no importaba la muerte,
porque conocí la vida:
antes no la conocí
porque no te conocía.
Tú fuiste la única rosa;
la que jamás tuvo espinas,
la que nadie osó cortar,
porque a tu vera respiran
de la fragancia más dulce,
que al cortarte, extinguiría.
Quien le iba a decir a este hombre
que nunca fue dado a misas,
que hoy, veneraría los labios
que alojas en tu capilla;
en tu templo sonrosado
donde los rezos se apilan:
unos suenan al pecado,
otros a cosas bonitas.
Nunca sigamos la trocha
que despeja la diatriba:

el final será el barranco
donde quebrar las costillas.
Cuando surja, si es que surge,
torceremos una esquina:
yo recordaré verdades
y tu olvidarás mentiras.

FRENTE A FRENTE, NUCA A NUCA

Mis ojos fueron lanzados
por una gran catapulta:
primero uno, luego el otro
a tus dos nalgas apuntan.
¿Y que quieres que haga yo?
Si sólo tú tienes culpa
que yo sea la serpiente
y tú la sabrosa fruta,
que se deshace en mi boca
mientras tus ojos alumbran:
aún debajo de párpados
se descubren como lunas,
para mitigar las noches
que nacieron tan oscuras.
Fue por ti dulce mordaza
que rasgué mis vestiduras,
tumbado sobre la hoja
que hace bucle en la lechuga;
la que sirves en tu lecho
aliñada con azúcar:
no falta en tus ensaladas
siempre algo de tú figura,
que de brote en brote va
ocultando estar tarumba.
No sé que tendrán tus manos
que mis males todos curan;
tal vez milagros no gastes,
pero mis huesos te adulan
y sostienen esta carne
que se te ofrece en arruma,
disipado los entuertos
que desembocan en dudas.
Cuando me precipitaba

me ofreciste de tus plumas;
eso fue muy importante,
porque no llené mi tumba:
tendrá que esperar paciente
a que nos rasgue la arruga,
con sus surcos bendecidos
por una longeva lucha.
Bastará un sólo ataúd
mientras dos cuerpos se esfuman
y, en el caso de cremarnos
bastará con una urna,
porque ocupamos lo poco
que ocupa la envergadura,
del morirnos abrazados
frente a frente, nuca a nuca.

GRUMETES

Nunca le digas a nadie
que sobre el fogón candente,
se alean distintos cuerpos;
se funden juntas las pieles,
que cicatrizan en una
bajo aquella danza alegre,
que entre los brotes reinaba,
esperando a que se aleje
el jaleo acumulado
cuando se juntan las gentes.
La mar es la única hembra
con la que sueñan grumetes,
porque bien saben que traga,
pero que también consiente;
que su inmensidad es dócil
y al mismo tiempo arremete.
Igualito que el amor;
igual de raro que siempre;
al que todo el mundo estudia
pero nadie se lo aprende.
Trabalenguas desahuciado
con su pronunciar perenne,
que lía a pares madejas
con las arrugas de frentes,
que se divierten pensando;
que pensando se divierten,
en las caricias bordadas
con hilo naranja y verde:
como la puesta de sol
que hizo lucir blancos dientes,
desatados de la boca
que abre, mientras se sorprende

de la angelical belleza
que destronaba las leyes,
acatadas por los siervos
de pajes de mequetrefes.
Mira allá, hacia el infinito,
donde respiran los fuelles,
avivando aquella lumbre
que bajo pechos se enciende
y quédate con la imagen
que nos vuelve tan endeble,
bajo dos cielos marrones
que mirando se entretienen,
mientras todos se arrodillan
tan sólo por poder verles.

HORIZONTES

Recortaba el cielo a cachos
la escoliosis de horizontes,
dejando llegar lo inmenso,
a una retina que come
del exquisito paisaje
allí puesto para el goce,
gobernado por los trinos
que entre los picos se esconden:
el orfeón más alegre
para un público de flores.
Alguien debe llevar lejos
de las manos de los hombres,
los patios immaculados
que el pisotón no conocen.
Que los riegan con anhelo
las lágrimas de los dioses,
desprovistas del salitre
que nuestro lacrimal cose.
Bendita huerta tallada;
que nadie tus perlas robe:
porque tú no tienes precio
te quieren tanto los pobres.
El lujo más al alcance,
el cielo de los colores,
el molde de las pisadas
para las huellas más torpes,
que no saben de trotar;
que no saben del galope,
sólo del pasito a paso,
de banderas, de naciones.
Pero tú jamás odiaste
y no entiendes de rencores:

tú casa es casa de todos
y ofreces tu plato y odre,
para estómagos y bocas
heridas de fino estoque.
Tus ubres siempre alimentan
a crías que no conoces.

INVIERNOS

El hielo espera a la sombra:
aguardaba tan paciente,
como siempre, frío y duro
a que goteé su muerte.
Pero la helada no acaba;
cada noche siempre vuelve
a recordarle al calor
que hoy es ella la más fuerte.
Un invierno y otro invierno
pasan blandiendo su fuelle,
doblando firmes espaldas
con un arreciar ecuestre.
A veras de chimeneas
resistiremos alegres
mientras la leña no falte,
ni el corazón que la enciende.
Por que si el invierno es duro
debemos de ser pacientes;
porque siempre pasa todo
volviendo a brotar el verde.
Frente de nuestras poyatas,
una primavera imberbe
vuelve a ganar el combate
tal como pasará siempre.
Y nosotros que dudamos,
-el tiritar no fue breve-
acuérdate en el invierno
que se pasará la fiebre,
el crepitar y las mantas,
el estornudo y la nieve,
porque lo bueno pasaba,
pero después siempre vuelve.

LA AURORA

Rompan filas los rumiantes,
lejos de bastas llanuras,
en donde no arrase el trisco
con su incomprensible gula.
Y justo en el mismo sitio
en donde caerá la fruta,
plantaremos una sombra
redonda como una luna,
recordando así el lugar
en donde el dulzor se esfuma.
Frente de los aledaños
de la revoltosa tundra,
-ágil e inconmensurable-
parió una cría la mula.
Recostada sobre helechos
ante el milagro deambula,
lambiendo un hocico joven,
mientras con el vientre arrulla
a la carne de su carne,
que aun siendo tan parda, alumbra.
Si sólo queda una aurora,
observaremos a esa una
y la dejaremos irse
sin apresar su hermosura.
¿Para que tenerla siempre
cautiva mientras se añusga?
Que sea feliz y libre
aunque con ello sucumba.

LA FLOR

La flor sin ningún gobierno
se relame entre la bruma;
decían que se parece
sin pétalos, a la luna,
por que es blanquita y brillante;
tan límpida y harto pura.
Lo sabe la salvia que
por sus adentros circula:
es la sangre vegetal;
es el corazón que lucha,
por no esparcirse sin más
como la madura fruta.
Flor, tú que oteas lo inmenso,
sin ningún tipo de dudas,
podrás decirnos a todos
de bonito, de hermosura;
del ser libre con cadenas
que atan pero que no estrujan;
que tu tierra no fue celda
ni cámara de tortura:
tu tierra siempre fue el vientre
que días y noches suman,
por tu agarrado camino,
para que nunca sucumbas
al pisotón despistado
que más que avanzar, deambula.
Cuéntanos que odias los ramos
que olor a muerte rezuman.
Los enamorados dicen:
"toma cariño, basura;
la docena de cadáveres
a la que elogiáis tú y muchas".

Tranquila mi flor preciosa;
sé que hablar de esto te apura:
hablemos del verde campo;
el que se cambia de muda,
a lo largo de estaciones
que pasan mientras arrugan,
este rostro sonrosado
que aunque marchito te adula,
por que albergas la belleza;
que la muestras, no te escudas
bajo del caparazón
tan duro que al fin desnuda.
Eres la fiel centinela
que a los esquejes arrulla,
susurrándoles la nana
que aunque pareciendo insulsa,
cumplía su cometido:
"dormiros con gran dulzura;
dormiros todos mis niños,
porque el día llega y trunca,
estos espléndidos sueños
en que poseen las plumas
nuestro tallo, nuestras hojas;
y volamos con locura".

LA HIJA DE NEPTUNO

Yo soy de la pura piedra;
ella es hija de Neptuno.
Somos de distintos lares;
somos de distintos mundos.
Seis de marzo del dos mil:
fue aquel año inoportuno,
que se abalanzó en torrente
postrándome ante su flujo.
Deambulaba por la playa,
despotricando iracundo
por que, aunque nunca llegó,
hoy ya pasó mi turno.
Sin atreverme a mirar
aquel grisáceo futuro,
que se convierte en presente
y pasa "dando por culo".
Los lagrimones brotaban:
yo nunca les rendí culto,
aunque parece que a veces,
se meten en mis asuntos
sin que nadie se lo pida;
son lagrimones astutos.
Mientras, maldije a la arena
con la bendición de insultos,
sobre la brillante luna
vi recortado aquel busto:
sus piernas eran de cola;
su pecho era del desnudo
y me miró con dos mares
donde no flota lo oscuro
y, se hunde y desaparece
hacia un abismo de estuco.

Nunca comprendí su idioma,
pero callaba con gusto,
por que el dormir a su vera
era el idioma más culto.
Cuantas veces nos reunimos
lejos del desazón bruto,
en sonde sala la sal
tan sólo en su punto justo.
Fue y será mi sirenita;
bella dosis de cianuro
que aunque puede no me mata:
es descargado cartucho.
Yo, que viví en los desiertos,
envidio el enorme esputo,
que Dios arrojó a la tierra
para navegar sin rumbo
y, de allí hicieron morada
los hombres y peces juntos,
dando forma a la sirena
que más amo; y os lo juro.
Es curioso que sin sexo
sea su mayor recluso:
debe ser a lo que llaman,
los que saben, amor puro.
Que en su cola no hay espacio
para los bajos impulsos,
¿sabes? A mi no me importa:
si yo hago el amor incluso
cuando me roza la mano
con su imperturbable pulso.
Sabes que soy comediante;
no soporto al dramaturgo,
pero si la mar cojea
con su remolón embudo,
o los grandes petroleros
vierten su asqueroso crudo,
sollozo por que lo siento

y lo siento por que sufro:
cada mota que va al mar
es un enorme disgusto.
Si dejase de salir,
vaciaré la mar a cubos
o nadaré mar adentro
y me iré hacia lo profundo.
No tendré miedo a ahogarme
ni pánico al escorbuto;
sólo terror a perderla
en este mojado mundo.
Pero siempre comparece,
como yo, junto al felpudo
que divide nuestras casas
entre la arena y los grumos.

LA RESERVA

En la cúspide del tallo,
desparramando agujijones,
para que nunca perturben
el corazón de las flores.
En las noches menos negras
las ruinas se recomponen,
despacito, a su manera,
con barro, piedras y polen,
floreciendo como antaño
entre los arces y robles
que se yerguen imponentes
tarareando canciones,
que aprendieron cuando soplan
los carrillos de los dioses.
Las cigüeñas dan por hecho
y las águilas suponen,
que el mayor de los tesoros
no lo engulleron los cofres:
es el aire que allí arriba
todas sus plumas recorre,
haciendo que se desplacen
al compás que nadie toque,
por que son libres y dueños;
son los amos y señores
del camino sin obstáculos
que ni la tormenta rompe.
Es el aire que aquí abajo
hincha de vida pulmones
y acaricia la carcoma
de los viejos mascarones,
tras los que se yerguen velas
que hacen útil a su corte,

atravesando las rutas
donde ya nadie se esconde:
ya todo está descubierto
por la estupidez del hombre.
Entre las miles de cosas
que albergaban los cajones,
encontraron un arcoiris
al que faltaban colores:
dice que los compartió
con el profundo horizonte,
para cuando al sol tragase,
nunca llegase la noche.
Pero la noche llegó
y a nadie mató su brote:
la noche es tan necesaria
como el día, antes de que rompa.
O sea que no se hable más
y tragados los reproches;
por que lo claro y lo oscuro
crecen en el mismo bosque.
Entre los enormes pámpanos
se resguardan los rincones,
de las patas de las ratas
que ensuciaban con su roce;
de morar alcantarillas:
heces haciendo naciones,
de las que aprisa escapar
antes de que todo ronque.
Venid, sitio hay para todos:
las presas sin cazadores,
las tortugas sin su concha;
por que aquí el miedo no impone.
Los antílopes albinos,
desdentados tiburones,
cocodrilos de charol;
venid los guepardos torpes.
Respeto aquí hay para todos:

para las lechuzas miopes,
para las palomas negras,
para el buitre que no come,
el hipopótamo cursi,
la boa que ama a los ratones...
Aquí hay sitio para todos
si dejáis los agujones.

LA VIUDA DEL SOLDADO

Al borde del lacrimal
siempre amarraba algún barco,
para cuando ella llorase,
navegar a su costado,
hasta notar el latir
que parece el duro pasto,
para las bocas sin dientes
que siempre acaban sangrando.
Muñequita, no floreces
ya ni siquiera por mayo;
sólo replicas a duelo
con tus pestañas de fango.
Él ya nunca volverá;
nunca volverá tu amado:
una bala atravesó
su uniforme tan ajado,
desgajando un corazón
-que siempre estuvo a tu lado-
y del todo no pudieron
porque te quedaste un cacho.
Hoy las sombras se acumulan
por todos los aledaños,
escudriñando siniestras
a los ecos de los llantos,
que pasan como fantasmas
entre las gentes, gritando
que aquel dolor fue tan grande
que fue imposible abarcarlo.
- "No te preocupes princesa,
- murmura él desde lo alto-
yo siempre cuidó de ti
¿no ves que soy un soldado?

Y me abriré en cada puerta,
y brotaré en cada paso,
y arroparé tu figura
cuando tan lejos durmamos.
Porque algunos ven principio
donde otros ven el ocaso:
cada vez que tú te caigas
te encontrarás con mis brazos.
¿Oyes? Dulce muchachita,
que yo jamás te he dejado:
seca ya esas lagrimitas,
que la sal come el asfalto,
por donde verás llegar
escondido tras un trazo,
mi amor con ciento de luces
que alumbrarán de soslayo.
Y cuando veas dos sombras;
soy yo que estoy a tu lado".

"LIBRE"

Hay un perro que no ladra;
tiene en "pause" las orejas,
tampoco mueve la cola;
sólo mira a las estrellas,
mientras abre bien la boca
y se estira haber si llega:
quiere comerse a la luna;
se le antoja una galleta.
Y por mucho que se estira,
la lunita no se acerca
y el perro cierra la boca;
se enrosca buscando siesta.
A amanecido y el sol
a vuelto a izar su bandera,
con su cegador color
que a nuestro perro despierta,
haciéndolo bostezar,
para mascar la pereza
y comenzar el camino
con las orejas bien tiesas.
Aunque perro, bien comprende
lo de no atravesar puertas:
bien aprendió su espinazo
lo que duele el dar de huellas.
Pero le hicieron favor
en dejarlo siempre fuera,
que es donde está el aire puro;
donde no está la condena;
la de las cuatro paredes
con un techo y una puerta.
Ahí llega su compadre
y nuestro perro se alegra

y, remolón se aproxima
gruñendo a la vez que juega.
Pero entorpece su juego
el tirar de una cadena,
del pescuezo del compadre
que lo obliga a dar la vuelta
y se va mirando atrás
mientras solloza y se aleja.
Se va a buscar una esquina,
por que la vejiga aprieta:
esquinas, haber hay muchas
y cualquier esquina es buena,
para marcar bien el rumbo
que no sabe a donde lleva.
Pero que tarde se le ha hecho
y es hora de la merienda:
no encontraba ningún hueso,
justo a la vez que piensa,
por que con toda la que hay
no le gustaba la hierba.
Hoy ha tenido gran suerte,
porque encima de la acera
había trozos de pan
con algo de carne seca.
Pero manjar era todo,
cuando las tripas estrechas
patalean como bebés
y rugen como las fieras.
Para hacer la digestión,
paseo a zancada ligera
hasta en frente del portal
en donde vive la perra
que le tiene enamorado;
y de ese amor se alimenta,
esos días que no come
y las noches que no cena.
Después de algunos instantes

apareció el cuerpo de ella
con una mirada dulce,
con una melena espesa,
grisácea como las nubes
que saben de la tormenta:
ella quiere al vagabundo;
él también a su princesa.
Y cruzaban las miradas,
muy lejos de ser discretas:
se achicaban las pupilas
al soportar tanta fuerza.
Otro día más que pasa
como el girar de la rueca;
otro día vuelta al raso
para mirar las estrellas.
No recuerdo si os lo he dicho,
que quizá no os lo dijera:
el perro se llama "libre"
y apellidos no recuerda.

LO QUE NOS TRAJO EL FIN

Para sujetar el cielo,
están dispuestos puntales,
por que a pedazos de cae
sobre la tierra y los mares.
Quizá ha llegado la hora
de dejar de ser mortales;
de deambular por un mundo,
atravesado por calles
que llevaban al principio;
-justo de donde se sale-
y por mucho que se intenta
no llega a ninguna parte.
Quizás este torbellino
sea lo mejor que pase.
Hartos de monotonía,
juntamos agua con cable,
para ver lo que pasaba
y pasó lo inevitable:
que dejamos rezagada
a este gran ancla de carne,
que detestaba la tierra;
la agua le es insoportable.
Y tiramos de los carros,
llenos con los animales
que por siempre nos sirvieron
sin optar por el espante,
ante la mediocridad
de los escasos modales,
que por su vida mostraron
algún atajo de cafres.
Les llevaremos subidos
para que más no se cansen

y limpiaremos las culpas
empatizando formales.
Sí, ver que todo se acaba
nos hizo más respetables,
por que vivimos parados
y hoy esta vida a raudales,
va más rápido que el tiempo
que se revuelve en el catre,
donde se acuesta la luna
si amanece y el sol sale.
Mientras se secan las pieles
tendidas de los alambres,
emprenderemos el vuelo,
por fin, sin los genitales
que fueron la perdición;
fueron nuestro mayor lastre:
el saco de los errores
donde cayeron los males.
También fueron bendición:
la más de las entrañables,
pero sólo para algunos;
los que supieron llevarles.
Hoy en que todo se cierra,
sólo quedan los que abren,
para aprovechar el tiempo
que se condensa en instante.
Es curios, muy curioso
que encontramos los cabales,
justo cuando todo acaba;
antes de que todo acabe.

LOS ALEGRES

En cada balcón brotaban
las banderas más silvestres:
son de todos los colores,
pero de nadie sirvientes.
Tal como tú y yo gustamos:
nos llamaban los alegres,
por pasear nuestras risas
sin correas que nos temen,
por que somos libertad;
libres, pese a quien le pese.
Tú serás una sirena;
yo, el águila que te observe.
Las ropas se marchitaban
sobre de los escabeles,
porque viajamos desnudos,
recién salidos de un vientre,
que por mucho que se obceca,
no lo logra, no lo entiende
¿porque cubrimos las pieles
con otras pieles inertes?
Tú la luna; yo soy sol,
¡joder! Que por fin convergen:
alumbrando nuestra estampa,
dándole sombra a las gentes
que no se merecen nada,
¡ni a nosotros nos merecen!
Te despojé de la parra
que guardó celosamente,
tus pechos y mi calvario
con su lencería verde.
Tú, besaste mi costado
que brotaba a chorros fiebre:

el amor no es la costumbre
y eso la gente no entiende.
Mi preciosa damisela:
tú escudero, tú sirviente,
tan sólo sabe una cosa;
que te quiso, querrá y quiere.
Porque también sé otra cosa:
que al borde de los andenes,
sólo cogiste aquel tren
que mis pisadas sostienen.
Tú guardaste de mi nuca,
yo cuidé bien de tú frente,
por eso las gentes tristes
nos llamaban los alegres.

LOS CROMOSOMAS DE LOS PIRINEOS

Voy a plantar mi ataúd
en la cima de aquel cerro:
quizá sea lo más cerca
que estemos nunca del cielo.
Lo plantaré de simiente
de un naranjo o de un almendro:
no quiero maderas nobles
para un pobre pordiosero.
Cuando me valla vendrán
para guiarme mis perros;
para marcarme el camino
en donde volver a vernos.
En donde estaremos todos:
las gentes que quise y quiero
y, estaremos todos juntos,
me da igual que en el infierno.
Aunque nunca lo supieses,
también supe echar de menos;
porque creo, también tienen
cromosomas los pirineos:
y esta gran peña que late
a su manera en mi pecho,
no es que nunca se mostrase;
es que se mostró a destiempo,
cuando no notó presencias
en donde creyó ser menos.
Se llevaba las palabras,
dicen, al pasar el viento,
por eso un ancla las puse
hecha de pluma y tintero.
Y expresar lo que no sabe
esta lengua sin talento,

tan tímida y tan cobarde,
tan siempre escondida dentro.
La tarde que me despida,
lo haré con un hasta luego:
jamás lo haré con "adiós"
o un jamás volver a vernos.
Porque me siento seguro;
estoy convencido de ello,
que si no nos vemos antes,
nos veremos en los sueños,
que gustamos frecuentar
en color, o en blanco y negro,
donde seremos perennes:
allí nunca moriremos;
quizá sólo al despertar,
pero al dormirnos de nuevo,
volveremos a surgir
bajo el ala de un recuerdo.
Voy a plantar mi ataúd:
escarbaré con mis dedos;
no quiero que el metal toque
lo que será eterno lecho,
de este cuerpo tan endeble
que me hizo el desplazamiento,
por una vida grandiosa,
porque de nada me quejo;
quizá me dio siempre poco,
pero lo poco aprovecho
y esto poco que me dió
ya es más de lo que merezco.
Sé que se despedirán
los pinceles con sus pelos,
de mis manos, que aunque torpes
también supieron quererlos,
llenándolos de colores
los días que fueron negros.
No sólo papel pintaban,

porque a mi feliz me hicieron.
Cuando venga la gran dama,
con su cumplir tan longevo
de llevarse de este mundo
a quién sus amos pidieron,
no ofreceré resistencia,
porque merece un respeto
un trabajar tan cansado
que la ha dejado en los huesos.
Me iré como gusté irme:
sin lágrimas y sonriendo,
por haber dejado escrito
lo que se llevaba el viento;
porque creo, también tienen
cromosomas los pirineos.

LUZ

Tengo que hablar de la luz:
me lo dicen las palabras.
Por eso soy yo el que escribo;
por eso ellas las que hablan.
Y dicen que crecen tiernas
si el sol luce a las mañanas,
que pronto se despabilan
de usurpadoras legañas:
no son buenas consejeras;
que no ciegan, pero traban
estos párpados candentes
que son las rosas persianas,
que dependiendo del sueño
se suben, o bien se bajan
ocultando o expandiendo
estas alegres ventanas
azules, marrones, verdes;
tan quietas, tan agitadas,
resguardadas por tejados
que se antojan ser pestañas.
No sé que tienen tus rayos
que de mañana se clavan:
que pena ser el vampiro
que escondido el día pasa.
No podría soportarlo;
me clavaría una estaca,
en un corazón podrido
que el borbotón de luz clama,
mientras alberga el veneno
que flota sobre la charca.
Para disfrutar del sol,
hicieron pacto las ranas:

la última vez que salieron
se rebanaron las ancas,
para al agua no volver;
por que el agua oculta y tapa,
gran parte del esplendor
que sobre el cielo nos ladra.
Entre el junco cabezón
y el azúcar de las cañas,
iban pasando las tardes
como pasarán y pasan.
A medida que anochece,
se viste negro la lana;
se viste de negro todo,
tal como las noches mandan.
Ya se van entorpeciendo
las somnolientas palabras,
contentas de lo que he escrito;
satisfechas de lo que hablan.
Yo seré como la nieve
en la cima de mi cama;
ellas serán como perros
que cuidan de mi garganta.
Yo para ellas, sólo elogios;
ellas para mi alabanzas.
Sé que no está bien decirlo,
pero hacemos buena panda.

LUZ Y COLOR

Desmembrados territorios
los de los halcones bizcos,
con el pico engangrenado
y cada garra hecha añicos,
de luchar con los peñascos
que tomaron por esbirros
de algún enemigo errante
que siempre sigue el camino.
Siempre sufriendo el reflejo
-ojos de buey sin el guiño-
de los mares revoltosos
con su trepar clandestino,
buscando tragar las naves
que saben que su apetito
no se calmará jamás:
será como siempre ha sido.
Entre halagos y blasfemias
se iba consumando el rito,
donde degollar orfebres,
era coronar con mimo
a los dioses de los pobres,
que fue como siempre fuimos:
diminutos con poder
contra gigantes esquivos.
Y por mucho que se esconda
oír el demonio los trinos,
con amor vocalizados
desde un cielo divertido,
lleno de luz y color.

MARCAS

Volverán a bailar troncos
dando vaivén a sus ramas,
mientras liján su corteza
y su propia tierra labran,
para después del esfuerzo
degustar la nueva calma.
Entre brotes de centeno
y la adolescente alfalfa,
olvidamos la cosecha
del hormigón y morralla,
ante esta catedral verde;
ante esta capilla ufana,
que lo que puede recoge
mientras el manantial sangra,
con su brillante reguero
de pura y limpia mirada:
no descansa, no reposa,
tan sólo anda, anda, anda, anda, anda...
Mientras resista la cumbre
no coronada del asta,
querrá decir que la paz
no dió lugar a la saña,
sin teñirse en la investida
con una muerte que mancha:
los ojitos bien arriba,
la cabeza siempre gacha.
!Que no! Debajo de piedras
no es donde se esconden hadas,
porque es morada de bichos;
no es sitio para las damas.
Aunque todos la respetan,
la vitorean y alaban:

se quitaban sus colmillos,
culebras, para besarla.
La estrechaban alacranes
con las pinzas remangadas
y sin colitas traviesas
que se dejaron en casa.
La fuerza nunca oprimió,
sin embargo dejó marca;
esto no parece fácil
cuando no se sabe de almas.
Pero ella no desconoce,
en bondad es doctorada:
no desechaba las piernas,
pero prefiere las patas.

MOLINOS

Giran, giran los molinos
dando el aire a nuestra cara:
tú, la mía me acaricias;
mis labios la tuya amarran.
Porque ante tu puntería
mi corazón fue la diana:
clavaste en ella cuchillos
que afilaban tus miradas,
con verde de tus pupilas
y el comer de tus pestañas.
Tus ojos fueron las puertas
que se abrieron sin bisagras,
dejando entrar a aquel pobre
a las estancias más blancas;
y este, no se olvida de ello
y te venera y alaba:
convertiste en mariposa
a aquella asquerosa larva.
Muñeca de hueso y carne,
cáliz de la sed calmada,
jumento de la alegría,
tesoro de corta falda,
sólo tú supiste y sabes
de sonrisas, de las ganas,
de como los dichos dicen:
la locura de las cabras.
Yo no fui tu prisionero;
tampoco tú fuiste esclava.
Sumergimos los grilletes
en los mares de las babas,
que comentaban siniestras
que nunca seríamos nada.
Giran, giran los molinos
mientras los aires hablaban.

NI ARRIBA NI AL FONDO

Se convirtió en colibrí
el águila majestuoso,
ante la mirada firme
que expulsaban los dos ojos,
de aquella bella muchacha
que le volviera tan loco.
Aquel titán indomable
se convirtió en dócil potro,
que transporta a mujeriegas
la elegancia de ese torso:
sólo con un contorneo
puede causar alboroto.
Hoy el ser distintos cuerpos
ya no era ningún estorbo,
porque se funden en uno
para no sentir añoro,
cuando la distancia ruja
con la garganta del ogro.
Debajo de aquellas pieles
vivían julio y agosto,
haciendo sudar los pechos
que no saben estar solos
y palpitan con la fuerza
del envestir del gran toro,
retronando en las costillas
por entre cada recodo,
desenredando raíces
que sostendrán a los troncos,
en los que crecerán ramas
donde brotará calostro,
que amamantará las bocas
que se besan poco a poco

y contagian con su fuego
a los cercanos rastrojos,
que intentan con seca hebra
coser a pares los morros.
No se está del todo arriba,
ni del todo nunca al fondo.

OTRO LUGAR

El ébola traicionero,
la gripe que muta y muta,
el Chagas haciendo nido,
el cáncer que todo usurpa.
El prestigio del infarto,
la hipocondría tan nula,
la parálisis cobarde,
el SIDA mientras disfruta.
El hambre sin alimento,
maldiciendo Moctezuma,
la ronca tuberculosis,
la obesidad que se acuna,
el olvido del alzheimer,
mala malaria que escruta,
los médicos despistados
que en vez de sanar no curan.
Pero nada nos detiene
aunque todo se acumula,
por que la vida no es vida
si el miedo hace de las suyas.
Nunca aprendáis a cavar
para hacer la propia tumba:
que los demás nos la caven;
adelantado no sufras.
Cuando quieras tú saber,
ten cuidado a quién preguntas,
por que algunos mienten y
otros la verdad ocultan.
Sólo puedes responderte
tú mismo, mientras escuchas
la respuesta en tú interior;
que no será la más culta,

pero es la más acertada:
es del propio árbol la fruta.
Y si es el perder la vida
lo único que te preocupa,
no te preocupes compadre,
que esta fase sólo es lucha
y después llega lo bueno;
lo que no se acaba nunca:
donde por el ser feliz
no habrá que pedir disculpas.
No sé si otra dimensión
será lo que nos ocupa:
me da igual que sea el cielo
o un sitio sin sol ni luna.
Cuando dejemos el peso
que al morir se nos derrumba,
al fin volaremos libres
sin necesidad de plumas.
Yo no te hablaré de Cristo,
Alá, marcianos ni Buda;
yo te hablo de la energía
que el universo supura
y que podemos batir
-de eso no te quepa duda-
cada cual a su manera;
con arrebató o dulzura.
Cuando no estés temeroso,
no vivas en una urna
para que nadie te dañe,
porque tampoco disfrutas.
Así verás la verdad
con los ojos de la nuca:
esos que siempre tuviste
pero que no usaste nunca.

PALABRAS

Estoy buscando al flautista
-el hechicero de ratas-
para limpiar de roedores
mi agujereada alma:
la que no puede olvidarte,
la que tanto te amó y ama.
Pero yo no me arrepiento,
por que a mi el dolor me encanta
y, que se jodan las bocas;
las boquitas que te alaban,
por que aunque única te crees,
como tú; como tú hay tantas...
Ya me lo dijo el Quijote:
"Ten cuidado aquí en La Mancha,
porque el viento y los gigantes
no saben controlar aspas.
Yo te lego a mi escudero;
el noble de Sancho Panza;
quizá no es valiente pero
su amistad siempre es sagrada".
Un amigo es un tesoro,
dijeron antaño, hasta
que ahora soy yo quién digo
que no equilibran balanza:
porque un amigo lo es todo;
los tesoros no son nada;
sólo pesado metal
o el papel de las venganzas.
Ten cuidado Pulgarcito
no derroches tus migajas,
tal y como está hoy el mundo
quizá las eches en falta.

Y es mejor estar perdido,
lejos de esta innoble raza,
que nunca tuvo valores;
que solamente agasajan
a los polvos del cemento
que les construyen sus casas.
Yo partiré Peter Pan
contigo donde tú vallas:
ya se me olvidó volar
pero tengo un par de patas,
para a "nunca jamás" ir
con mi reloj que se para
y con los niños perdidos
que encontraron su morada,
lejos del humilde tiempo
que aunque despacito avanza.
Nos iremos a algún sitio
lejos de esta ronca racha;
pagaremos a Sansón
para hacernos la mudanza,
antes que la rencorosa
de tijeras afiladas,
rebane su gran melena,
condenando a su cascada
a secarse como el ego
de la fuerza con la maña.
Yo a ti ,mujer, por un baile
te doy las gracias y calla:
no suelo ofrecer cabezas
de Bautistas por la danza.
Guárdate tus dos caderas,
tus pechos y bella cara:
soy hombre, pero antes que hombre
soy muchas cosas !fulana!
Os espero en la leyenda;
en la moraleja alada.
Vosotros sois de alta alcurnia;

yo vengo de la calaña,
que fue cobarde con todo
sin el tener miedo a nada.
Los hechos son sólo hechos
y las palabras, palabras.

RECUERDOS

Guardaba en un maletín
las fotos de aquel otoño,
en el que todas las hojas
no se cayeron al fondo:
se quedaron en sus ramas
sin amarillear del todo,
convirtiéndose en perennes;
aguantando de un año a otro,
sin desproteger la cima
en la que fueron retoños,
con las que jugaba el viento
pecho a pecho, codo a codo.

Aún guarda en el cajón,
ordenadas, esas fotos
en las que llegó el invierno
sin clandestino destrozo.
Sin reventar cañerías
por las que circula el mosto,
que endulzaba los barrotes
de los ruines calabozos,
en los que no existen reos
condenados a estar solos.
Aquel invierno templado
lo recuerdan casi todos:
sí, porque los corazones
no se helaron como el polo.
Porque no hizo falta abrigo
para cubrir los escrotos,
que guardan en simple piel
lo más valioso que el oro.

Recordaban los más viejos
la sombra de aquel agosto,
en el que el sol fue el objeto
más codiciado del robo,
que dieron las nubes blancas
librándoles de aquel horno,
en el que no se asa carne;
ni de ellos ni de nosotros.
El sudor no osó salir
el verano delicioso,
que recuerdan los más viejos
que se apagó ante sus ojos:
sin achicharrar las eras,
sin secar todos los pozos;
sin pactar junto a la llama
e ictericia del rastrojo,
el ágil apocalipsis
que nos dejase en los posos.

La primavera fue siempre
el lugar del puro gozo,
que nunca cambió ni cambia.

REFLEJOS

En estas tardes me siento
como dentro del bocado
-que desgarrar sin piedad-
de algún gran tiburón blanco.
Con un dolor nauseabundo;
pero no el dolor del daño;
es un dolor bien distinto
que no puedo soportarlo,
que desquicia algo invisible
-como arrancado de cuajo-.
Tú, si alguna vez amaste
sabes de lo que te hablo.
Todos parecen iguales;
desde Fulano a Mengano;
todos con las mismas caras
sin diferir ni en un rasgo.
Cuan aburrido fue todo,
con la igualdad que dio el asco,
abriendo los lacrimales
tal como hambrientos barrancos,
aprisionado a las camas
que atrapaban con descaro;
pero el sueño no se arrima;
el soñar ya no es barato.
Dime quién eres , reflejo;
el que estás al otro lado:
"sólo soy tú viva imagen,
pero tranquilo, que marchó;
igual que marcharás tú,
por que los dos damos asco".
Y es que no me reconozco
mis escamas de lagarto,

mis ojeras encendidas,
mis andares de borracho.
Yo, que siempre fui alegre;
de los que pisan los charcos
con los zapatos de estreno,
con los pantalones claros.
Hoy, prendido a una estaca
las rozaduras me rasco;
las que me impuso la soga
que racionaba mis pasos.
Y los tábanos me comen,
y ni gota ya del pasto;
quizá debiese marcharme
pero no gusto de atajos:
viviré como me toque;
días buenos, días malos.
Viviré con el recuerdo
por no poder olvidarlo.
Por que si el fénix resurge
de sus cenizas alado,
yo resurgiré del polvo
que se pega a los zapatos,
para seguir la zancada;
para seguir siempre andando.

ROMANCE DEL SOL

Sacramenta el sol con ganas
con su bautismo dorado,
rociando nuestras cabezas
con los rayos de su caño,
que atraviesan las retinas
que miraban con descaro,
aquella divina fuente
que desaguaba temprano.
Por ti se levantan muertos
y doran su rostro blanco
ensuciado por la tierra;
comido por los gusanos.
Y se despejan las nubes
respetando su gran flanco,
aguantándose las ganas
de poblarte con nublados.
Si tú estuvieses más cerca,
nos hubieses abrasado
con tu corazón de fuego
latiendo la mar de gacho,
tornando todo a cenizas,
como aquel triste cigarro
que se consume en la boca
de los hombres ocupados.
Seríamos puro témpano
si tú morases más alto,
tan lejos que ya sin fuerza
aterrizaran tus rayos,
sumiéndonos en tinieblas
que ciegan los ojos sanos.
Tú estás muy bien donde estás;
el que te haya colocado

debe ser un ingeniero
con la vocación de un Santo,
porque nos diste la vida
y haces florecer el campo.
Y siempre sólo a la luna
la dedicaron los cantos,
los poemas, las alabanzas,
palabras de enamorados.
Pues yo te escribo un romance
porque alumbraste mis manos,
que no saben lo que escriben
cuando está todo apagado.
Porque alegras mis mañanas
con tu carita de malo
y me empujas con las fuerzas
que agitan sin hacer daño.
Cuando te extingas por siempre,
resurgiré con apaño:
plantaré una enredadera
que me acerque hasta tu lado
y con yesca y pedernal
volver a oír aquel llanto,
que expulsa un recién nacido
naciendo con arrebató.
Yo me volveré a mi sitio;
tú seguirás alumbrando.

ROMANCE DE TODO PADRE

Hueles al aire más puro,
hueles al jazmín y menta;
este semejante dote
no es pagado con ofrendas.

¿Como puede ser tan grande
una cosa tan pequeña?
Es la estúpida pregunta
que ronda por mi cabeza.
Dijeron que de París
-la noche que no fue negra-
colgado de su gran pico
te trajo aquí la cigüeña:
a estos brazos que te agarran
con calma pero con fuerza,
para que nunca te vallas
hoy ya que te tengo cerca.
No sé si bajo una col,
de París o de placenta
viniste, precioso niño:
ni yo sé, ni tu te acuerdas.
Sólo vi que mi semilla
se la llevaba una abeja:
una obrera parecía;
pero para mi es la reina.
Con tus diminutas manos
coges las almas enteras
y aún te sobra más palma,
para acariciar las penas
que transformas en sonrisas,
sin demora, sin espera.
Vuelvo a creer en milagros:

el milagro balbucea.
Tú en la cuna dormidito,
yo negando a la ceguera
-que viene imponiendo el sueño-
para observar la destreza,
de llenar por dentro tanto
sin un movimiento apenas.

Por ti me enfrentaré al viento
que quiera apagar las velas:
con el pasar de los años
sóplalas a tu manera.
Y acuérdate de tu padre,
si es que dejó algo de estela
alumbrando tu camino;
que siempre hay alguna piedra.
Por que fuiste entre mis manos
más enorme que un planeta;
por que los seres más grandes
eran los que menos pesan:
es para aquella pregunta
la mejor de mis respuestas.

SAYAGO

Me enamoré en un instante
cuando conocí Sayago;
lo hice desde bien prontito,
lo hice desde bien temprano,
alojado en aquel vientre
que me acogió sin regaño.
Ya desde entonces lo supe:
tan joven y enamorado,
de las charcas que destiñen
color a rana y a sapo.
De los negrillos enfermos
que murieron en sus prados,
sin haber sido la viga
que sujetó los establos,
donde los burros rebuznan
algún poema con apaño.
Que los negrillos murieron
sin haber sido el cayado,
para las manos de viejos
que no quieren ser ancianos.
Sin haber sido carcasa
que ofrece silueta al carro,
que disfruta los caminos
con la calma del letargo,
que da tener como auriga
al pastor junto a sus asnos,
disfrutando del paisaje
que Dios había pintado:
unos dicen con costilla;
otros con pella de barro.
Recordaremos por siempre
el olor de los marranos:

no encontré ningún perfume
que pudiera superarlo,
porque no evocaba hedor;
evocaba con cuidado,
todo lo bello y bonito
y ayudaba a recordarlo.
No se vió en lugar ninguno
a gallos más educados,
que al amanecer no cantan
sólo por no molestarnos.
Unos dicen que se duermen
porque pecan de ser vagos;
los gallos hacen muy bien:
Sayago es pa' disfrutarlo.
Las sombras de las encinas
esperaban su bocado,
cuando caen las bellotas
hartas de colgar del gancho
de las majestuosas ramas
que formaban este cuadro:
un gran árbol fascinante,
que nunca temió ni al rayo
que supura la tormenta
cuando carga con su enfado.
En el portal de la iglesia
conviven perros y gatos,
que se quitan los collares
para olvidarse del amo.
Mientras, tertulian del tiempo,
de los suelos, del tejado,
del hambre que pasa el mundo,
de políticos baratos.
Al borde de las campanas,
las cigüeñas y los grajos
hablaban del duro invierno,
de "la calor" del verano,
del saberse tan dichosos;

dichosos y afortunados,
por conocer tierra y piedra
y desconocer asfalto.
Sayago huele a pureza,
a la tesis de los batos,
al aire que entre ciudades
aún no ha contaminado
y llena a pares pulmones
sin ningún esfuerzo y daño,
porque el aire es transparente;
nunca debes de olvidarlo.
Hoy, aunque pasado el tiempo,
sigo igual de enamorado
de sus cortinas, sus dehesas,
su inmensidad, sus vocablos;
de las tierras que se peinas
sin espejo y con arado;
del asolar del agosto,
del florecer de los mayos.

SIN OJOS

Eche mis ojos al fuego
para no mirar ya nunca
y quedarme con lo último
que vi, que fue tú figura.
Ya no quiero ver jamás
más cosas, ni aunque reluzcan,
por que después de a ti verte
todo lo demás insulta.
Tú cuida de mi ceguera,
cuida de mi atrás; mi nuca,
que es donde van los cuchillos
que no se muestran por culpa.
Haz livianos mis tropiezos;
con los que mis pasos luchan;
los que dan el empujón
y no piden perdón nunca.
Yo te recitaré coplas,
si me salen, con dulzura;
tú me leerás el cuento
del sol que amaba a la luna
y aunque nunca se encontraban
se amaron con gran locura.
Cuando me mueva entre estorbos,
nunca te angusties ni sufras,
por que el desplomar se pasa
y los cardenales curan.
Después, cógeme la mano,
que aunque acapara no abusa:
que es cuando veo la luz
aún estando a oscuras;
cuando recorre tú tacto
mi cuerpito al cual recluta,

para servir en su guerra
donde nadie nunca lucha.
Nunca hice cosa mejor
-aunque tampoco hice muchas-
que la de abrasar mis ojos;
la que mi visión anula.
Sin los ojos más se ve;
de eso no me cabe duda.

SI TÚ TE FÍAS YO ME FIO

Resucitarán volcanes,
todos repletos de vino,
que fluye por entre copas
de los demonios bebidos,
que subirán a cazar
a este coto clandestino,
por todo lo que logramos,
por todo lo que no hicimos.
Con la clemencia apagada,
con los rifles encendidos,
desollarán las gargantas
que vaticinan el grito:
el que rasgará las cumbre
en donde nunca estuvimos,
gozando la nieve blanca
a la que fuimos esquivos.
A cada paso, desierto:
o playa, que suena fino.
Pero sin ver nunca el mar
por la rabia consumido,
que da el no quitar la sed
con su salitre bebido.
Vergüenza llama a vergüenza
a este lado del destino,
en donde las marionetas
han cogido los cuchillos
y en las bañeras, tumbadas
se han seccionado los hilos.
Casi no duró el festejo;
apenas lo conocimos;
recordamos el pasado
como la alegría y el brinco:

me alegro por los abuelos;
lo siento por nuestros hijos.
Al borde, en cada barranco
hay un sitio compartido
por alguien que nunca da
y otro que sólo es capricho
y, se arrojan uno al otro;
logran los dos conseguirlo
y mueren juntos en el
abrazo del enemigo.
Quiébrate, tú, dócil flor
ante el gigante y su trisco,
que tú olor recordará
mientras te masca sumiso
y arrepentido después
se sumerge bajo el río,
hasta que su cuerpo flote
y fluya como dormido,
transportado en curso calmo
a las faldas del castillo,
en donde reina la tala
de las hachas siempre en vilo.
Y pensará que al final
seremos pero no fuimos,
porque este amargo desdén
fue la antesala del nicho
tan estrecho como oscuro:
lo llaman angosto timo.
Después se verá la luz
que anuncia el largo periplo:
nunca nadie regresó
para dejárnoslo escrito.
Pero dicen los que dicen,
que detrás del obelisco
que es este seco planeta
nos espera algo bonito.
Espero que estés de acuerdo:
si tu te fias yo me fío.

SUEÑOS

Coge carrerilla y vuela:
lo harás sin mover las manos.
Vamos, piensa algo bonito,
¡ves como ya estás volando!
Aparcarás donde quieras:
el cielo no tiene vados,
ni hay ángeles con ganzúas
ejercitando pecados.
Surcaremos la corriente
en contra de los tacaños,
- que para nunca ofrecer
se cortaron las dos manos-
alumbrados por el sol,
-el más fiable de los faros-
en donde beben los ojos
de esa luz que da su caño
y sacia nuestras retinas
con claridad y remanso,
desencauzando los grises
de los mares del fracaso.
No sabrán si son segundos
¿serán meses, serán años?
Sin los espejos traidores
seguiremos aguantando,
desnudos sobre la cima
mientras nos cubren de blanco:
sin los traidores espejos
¿serán meses, serán años?
Nunca dejes que tu sueño
vuelva a partir con retraso,
porque el retraso es el hijo
del afamado letargo

que lastra con su coraza
mientras que va esbozando,
bodegones con los cuerpos
arropados de cruel fango.
Cuando surjan pentagramas
abriéndose como ramos,
degustaremos las notas;
las que cortejan su halo,
mientras roncarán los dedos
sobre las teclas de un piano:
deja entrar a conocidos,
a extraños no prohíbe el paso.
Aquí entre las dos rocas,
no más allá del remanso,
privados de la lujuria,
descolgados ya del gancho,
emprenderemos hogueras
con todos aquellos palos
que sacuden las costillas
que juntas hacen ganado.
Y cuando el fuego nos cubra,
proseguiremos andando;
o volando; tú bien sabes:
lo harás sin mover los brazos.

TREINTAIUNA LUNAS LLENAS

Grafiteros neandertales
nos dejaron arte en cuevas,
en las que me recluía
por el miedo al salir fuera:
fui pasto de las capuchas,
del roncar de la vergüenza,
del antifaz traicionero
que oculta pero que ciega.
Intentando no acabar
de la aglomeración cerca,
me retiré hacia los montes
que no saben de chimeneas.
Y con hojas, y con ramas,
hacerme una madriguera,
que del desconchón no sabe;
que no sabe de la grieta.
En tan lejana morada
fue donde la conocí a ella,
tan harta de los cobardes
como del humo y la brea.
Y caminamos caminos
ancestros de carreteras:
se arrima ella lo que puede;
yo me arrimo lo que pueda,
para estar siempre bien juntos;
siempre juntos si nos dejan.
Cincelamos la gran luna
a la noche aunque esté negra:
nuestros meses siempre tienen
treintaiuna lunas llenas,
para que bañen de luz
hermosos catres de tierra,

del que no caen los cuerpos
por el mucho que den vueltas.
Dios escuchó mis plegarias
y te dispuso a mi vera:
aquí, los dos en la cumbre
donde el frío no nos hiela,
porque somos el chasquido
que se desprende en la hoguera,
cuando ardemos sin quemar
nuestra preciada dehesa.

FIN

